

# SEXO Y ESCRITURA

TRES ENSAYOS DE DOROTHY ALLISON

Traducción | Gabriela Adelstein y Juan Ariel Gómez  
notas entre lenguas | marie bardet y val flores







# SEXO Y ESCRITURA

TRES ENSAYOS DE DOROTHY ALLISON

Traducción | Gabriela Adelstein y Juan Ariel Gómez

notas entre lenguas | marie bardet y val flores

*Sexo y escritura. Tres ensayos de Dorothy Allison*

diciembre 2021. al sur

notas entre lenguas: marie bardet y val flores

Traducción: Gabriela Adelstein y Juan Ariel Gómez

Maquetación: ediciones precarias



Licencia Producción de Pares

Atribución - Compartir obras derivadas igual - No capitalista

## índice

<b>notas entre lenguas</b>	<b>  7</b>
<b>Escribir sobre sexo, la importancia y la dificultad</b>	<b>  11</b>
<b>Sobrevivir es lo que menos deseo</b>	<b>  23</b>
<b>Puritanxs, pervertidxs, y feministas</b>	<b>  41</b>



La traducción como gesto poético y político de volver disponible una voz con las manos lingüísticas de otrxs, siempre se cose desde una trama afectiva y (con)textual que provoca y convoca ese deseo de invitar a una conversación a esa lengua que nos resulta excitante. A veces, el acto de traducción comienza con la imposibilidad de la lectura, otras, con un pulso por escuchar un modo de decir que sigue inventando el pensamiento, y también, por la urgencia de compartir esa tercera materia con la que entra en contacto el aprendizaje que no opone ignorar a saber. Dar cuenta de los márgenes paratextuales que cosen la traducción como resonancia políglota es reconocer un hacer colectivo, desde quien llega a ese texto, quien lo quiere hacer disponible, quien lo traduce, quien lo corrige, quien lo pone a circular... una política de intervención que vuelve accesible un pensamiento, no por una cuestión de moda (bajo el imperativo neoliberal de innovación: ¡ahora hay que leer esto! o siguiendo el ordenamiento de las palabras como claves de las mediciones académicas: ¡esto tiene valor en el mercado del conocimiento!) sino como apenas rasguño en los debates actuales que nos interesan y nos involucran. Por eso queremos nombrar la conspiración de ese gesto con el que hacerse compañía con otras lenguas que fogueen nuestro arte de prestar atención.



Dorothy Allison (1949) es una escritora estadounidense feminista, queer, lesbiana, de clase trabajadora, prosexo, que participó activamente en las guerras del sexo con su escritura feroz y asequible, mediante relatos, novelas y ensayos. Estos textos de la autora, publicados originalmente en el libro *Skin. Talking About Sex, Class, and Literature* [Piel. Hablando de sexo, clase y literatura] (Firebrand Books, 1994), fueron traducidos por las amigas Gabriela Adelstein y Juan Ariel Gómez para el Seminario “Prácticas de escucha, prácticas de escritura” dictado por Marie Bardet y Josefina Zuain, en el Posgrado “Prácticas Artísticas Contemporáneas”, en junio y julio del año 2020 (Instituto de Artes Mauricio Kagel - Universidad Nacional de San Martín), como parte de los materiales de trabajo de “lo que me/nos calienta a escribir”.

Fueron muchos labios y dedos en una faena artesanal de avvicinar esta escritura, volverla vecina de pensamiento: del libro en papel devorado en francés en el sillón de las amigas tortas del principio de la vida, subrayado por varios años de traducción (al castellano) de traducción (francesa) oral e imprecisa en varias clases, pirateando todo lo que se podía desde un descampado lingüístico poblado de lenguas otras, a la compra del libro ebook, con sus derechos tan cerrados que fuerzan al trabajo de copista contemporáneos: copy paste de cada página para armar el pdf “original” y hacer su versión en castellano. Sin presumir nada de lo cercano ni de lo lejano de ese texto según las coordenadas coloniales de la “buena distancia”, sino haciéndonos fueguitos hápticos con las palabras que nos tocan y las escrituras/lecturas que nos calientan, en un presente en el que hablar y escribir desde, con, abajo, alrededor, del sexo, sigue abriendo micro trincheras amorosamente, feministamente, disidentemente.

Volviéndonos sismógrafxs de los ecos de la lengua de Allison en nuestras escrituras y las de estudiantes que se apasionaron con esta

escritura, decidimos pasar de vuelta estos textos a la tinta sobre papel, en una alquimia que desprivatice la calentura, haciéndola íntima y común al mismo tiempo. Una poética de la decisión, una política de la intervención, que apuestan a que los apenas rasguños sean huecos donde alojar nuestras memorias, sus destellos en ruinas, y las resquebrajaduras del corazón del mundo que siguen tajando nuestros imaginarios sexuales a flor de piel.

marie bardet – val flores



## Escribir sobre sexo, la importancia y la dificultad\*

traducción: Gabriela Adelstein, Buenos Aires, 2020

En 1975, con otras tres integrantes de mi colectiva lesbiana feminista, fui a Sagaris, un instituto de teoría feminista, y comencé el proceso de cambiar completamente mi vida. Este evento de dos semanas tuvo lugar ese verano en una pequeña universidad de Plainfield, Vermont, y reunió a alrededor de 120 feministas de todo el país, la mayoría lesbianas. Me inscribí en talleres dados por algunas de las lesbianas “famosas”, y luego dudé antes de tomar la clase de escritura de Bertha Harris. Incluso las lesbianas militantes que había entre nosotras en su mayoría no conocían a Bertha ni a sus novelas, *Catching Saradove* y *Cherubino*. Yo, sin embargo, había comprado un ejemplar de *Cherubino* la noche en que llegué, y me resultó difícil y fascinante. El lenguaje exuberante y descriptivo me había intimidado, pero también intrigado. Quería ver cómo era la mujer que había escrito ese libro, me dije a mí misma. Hasta que no me inscribí efectivamente, no podía admitir que quería tomar su clase.

Mi vacilación derivaba en parte del hecho de que me consideraba una activista política dedicada, con la creencia complementaria en

---

\* Publicado originalmente como “Sex Writing, the Importance and the Difficulty” en Allison, Dorothy: *Skin. Talking About Sex, Class, and Literature*, Firebrand Books, 1994.

la importancia de la teoría política feminista por sobre los placeres autoindulgentes y triviales de la escritura de ficción. También tenía miedo. Entre reuniones y manifestaciones, entre construir bibliotecas para el centro de mujeres y escribir pedidos de subsidios para la colectiva de cuidado de niñxs, escribía lo que sabía que eran poemas pésimos, e historias fragmentarias que sospechaba eran igual de malas. Pero mientras escribiera sólo cuando estaba inspirada por la convicción política y en momentos robados, después que el trabajo realmente importante estaba hecho, me reconfortaba la fantasía de que si tuviera tiempo (quizás después de la revolución) y pudiera realmente trabajar en eso, lo que produjera podía no ser tan mediocre. Me aterrorizaba que cualquier cosa que tomara en serio y trabajara para perfeccionar sería, inevitablemente, algo inferior. Había otro miedo también. Por más que enunciaba las trivialidades generalizadas que insistían en que las historias de todas las mujeres eran importantes, muchas de las historias que leía me resultaban aburridas.

Lo que más quería yo era no ser aburrida.

Bertha Harris era más una entrenadora que una directora de taller. Era inflexible, mordaz y demandante. “Durante las próximas dos semanas”, nos dijo, “ustedes se llamarán a sí mismas escritoras, se pensarán como escritoras. Se van a tomar en serio a ustedes mismas. No me van a hacer perder el tiempo.”

No. Tragué saliva y me lo prometí a mí misma. Dios, no.

Había ido a Sagaris junto con otras dos mujeres de la colectiva lesbiana feminista que se había convertido tanto en mi familia elegida como en la forma en que organizaba mi trabajo político. Que todas habíamos sido amantes era algo en lo que no pensábamos mucho, para el momento en que fuimos en auto a Vermont, pero eso fascinaba a muchas de las mujeres que conocimos, incluida

Bertha. Recuerdo cómo se inclinó hacia mí en una nube de humo de cigarrillo, con la cara inexpresiva pero los ojos brillantes. “Tres de ustedes, *mmmm*, deberías escribir sobre eso”, me dijo. El tono de su voz era tan ronco que me sonrojé involuntariamente. Al lado de la cosmopolita y valiente Bertha Harris, me sentía ingenua y tímida. Años después supe que muchas de las mujeres que conocí ese verano me consideraban intimidante y abrumadoramente segura de mí misma. Era una cuestión de estilo. Insegura y desesperada por aprender, seguía todo de cerca, miraba fijamente a las personas como si estuvieran guardando secretos, y me concentraba en cada referencia para poder luego buscar los nombres, investigar todas las implicaciones. Cuando coqueteaba, lo hacía de manera torpe y abrupta, asumiendo el personaje de una de mis tías como un sobretodo seguro y protector, pero caía en una confusión desnuda si alguien coqueteaba conmigo a su vez.

En general coqueteaba sin una real intención de profundizar las bromas y burlas que había aprendido en la adolescencia. Si me veía y comportaba como una adulta, yo sabía que en realidad no era una adulta. Era una adolescente crecida, llena de pasiones repentinas y escandalosas pero sin la capacidad emocional de actuar en función de ellas. Había desarrollado una actitud protectora que me guiaba a través de la confusión romántica, separando mis respuestas emocionales de mis deseos físicos. Podía dormir con cualquiera (y lo hacía), nunca rechazaba una propuesta, y coqueteaba tanto que quedaba atrapada en muchos coqueteos donde las opciones era o ser sumamente maleducada o cerrarme emocionalmente y simplemente realizar actos sexuales sobre los que no tenía una convicción real. Había crecido oyendo a mis tíos y primos maldecir a las coquetas. Yo no sería una coqueta. Si me desafiaban, hacía cualquier cosa y nunca admitía cuán distante y temerosa me sentía por dentro.

El coqueteo y el sexo no tenían nada que ver con escribir, sin embargo, nada que ver con rehacer el mundo, con la revolución que creía ferozmente era necesaria para forzar a este país a vivir de acuerdo con sus ideales. Pero todo está conectado, nos anunció Bertha Harris al comienzo de una de sus clases, y “la literatura no está hecha por buenas chicas. Si se preocupan demasiado por ser buenas, no van a escribir nada que valga un carajo.”

Estábamos hablando del amor romántico, un tema que a Bertha le resultaba deplorable. Quería que todas leyéramos a Shulamith Firestone para que supiéramos que la maldición de la revolución no es el alcohol y las drogas, sino el amor romántico. Agitaba su cigarrillo con impaciencia ante lo absurdo que era todo. El amor romántico perpetúa el statu quo en el que ambas somos victimizadas y nos victimizamos mutuamente. Sabía que con *revolución* Bertha no quería decir derrocar gobiernos o reestructurar sistemas sociales. Se refería a escribir, a hacer arte. Estas eran, para ella, las acciones más profundas y de más largo alcance que podíamos emprender. Yo todavía sospechaba del uso de la ficción, pero me parecía que sus comentarios eran verdad, de todas formas. Fragmentarte, mentirte a vos misma y al resto del mundo, tener miedo de quién podrías realmente ser— nada de eso podía ser útil en absoluto, para la persona en quien quería convertirme. Incluso si nunca aprendía a escribir algo que valiera un carajo, iba a tener que tomar en serio los bruscos comentarios de Bertha. Iba a tener que pensar sobre esta cuestión del sexo y la intimidad, y pensar arduamente.

Al final de una clase, Bertha hizo lo impensable: dividió la clase en dos secciones y nos dio un ejercicio de escritura que deberíamos leer en voz alta en la reunión siguiente. “Las lesbianas acá, las mujeres hetero allá”, nos dijo. Nosotras vacilamos, horrorizadas y fascinadas— horrorizadas porque todas éramos sobrevivientes de

exactamente este mismo tipo de división en nuestras comunidades, y fascinadas porque era un enorme alivio que el tema fuera tratado con tanta naturalidad. Algunas mujeres parecían querer discutir la división, pero Bertha arrasó con sus objeciones anunciando que cualquiera que no estuviera segura de lo que era podía simular, por el momento. Las mujeres se ruborizaron, balbucearon, se rieron nerviosas, y eligieron. Nos sentamos en el piso y, con determinación, evitamos mirarnos entre nosotras. Unas pocas cambiaron de grupo.

Bertha se paró entre los dos grupos, esperó a que todas nos acomodáramos y calmáramos, y luego se dirigió a las heterosexuales. “Sexo”, dijo, y junto con muchas de las otras mujeres, me estremecí. “Van a escribir sobre sexo. ¿Cuántas de ustedes tienen hijas?” Asintió, en reconocimiento de las pocas manos alzadas. “¿Recuerdan lo que dije sobre el miedo y lo prohibido? Quiero que escriban sobre sexo, sobre sexo entre una madre y una hija, ustedes con su hija.” Estallaron algunos gritos ahogados, seguidos por risas incómodas. Todas miraban fijamente hacia adelante.

Bertha pasó a nuestro grupo en actitud arrogante, con los pulgares enganchados en los bolsillos delanteros del jean. Ladeó la cabeza hacia un costado y sonrió en forma encantadora. “Ustedes la tienen fácil”, sonrió. “Quiero ver qué pueden hacer con el lenguaje. Sin eufemismos. Sin clichés. Escriban para mí sobre chuparla.”

Hubo una pausa. Miramos al piso. Desde el fondo del grupo llegó una voz titubeante.

“¿Sobre qué?”

“Cunnilingus”, gruñó alguien.

“¿Qué es eso?” La voz era aguda e insegura.



La respuesta llegó, confiada y en voz grave. “Vení a mi habitación y te muestro.” Todas nos reímos juntas. Las oscuras cejas de Bertha se frunció ligeramente. “Sexo oral”, dijo en voz muy clara y seria. “Escriban sobre el sexo oral como si nadie antes que ustedes hubiera jamás escrito sobre el sexo oral antes.”

Sentada en el piso mirando hacia arriba a Bertha, me pasé la lengua sobre los dientes pensativamente y después, al darme cuenta de lo que estaba haciendo, me sonrojé furiosamente. ¿Escribir sobre eso?, estaba pensando, ¿cómo puedo escribir sobre eso? Cunnilingus. Sesenta y nueve. Comer coño. Chupar concha. Todas las palabras que conocía para el acto sonaban en mi cerebro. Recordé una discusión apasionada de más de un año atrás cuando me había deslizado hacia abajo por el vientre sudado de mi amante, para poner mi cara entre sus muslos.

“Te adoro”, le había susurrado. Y después di un aullido, cuando me tiró hacia arriba agarrándome del pelo.

“Odio eso”, me había dicho entre dientes. “Eso es lo que *ellos* piensan que hacemos.” Su *ellos* era punzante y despreciativo, y evocaba a cada hombre que se había pajeado con la imagen de tortilleras lamiendo hambrientas un clítoris rígido. Lastimada y frustrada, había argumentado que yo no era ningún hombre y que quería hacerlo. Se convirtió en un tema, sujeto a discusión en nuestro grupo de concienciación. Tribadismo, sexo oral, coger con los dedos. Nadie admitía usar dildos, querer ser atada, querer ser penetrada, o hablar sucio— todas esas cosas masculinas. El sexo era importante, serio, un campo de batalla. Mi amante quería que hiciéramos tribadismo, nos miráramos a los ojos, y tuviéramos orgasmos simultáneos. Igualitario, femenino, feminista, revolucionario. ¿Esos eran eufemismos? Eufemismos para decir “*no puedo acabar así*”.

Pensé en toda la pornografía que había leído en mi vida. Lenguaje masculino. Coger. Me gustaba el sexo oral como un acto de adoración, después de coger enérgicamente, después de acabar y hacerla acabar. Después, jugar con un clítoris tan hinchado que mi toque resulta casi atroz, escucharla gemir y llorar sobre mí, o realizar ese acto de adoración mientras su puño está enredado en mi pelo, sosteniéndome dolorosamente, demandando que trabaje en esto, esforzarme con cada músculo de mi cuerpo hasta que mi cuello y mi espalda arden de dolor y casi no puedo continuar, siguiendo cada uno de sus movimientos, cada demanda jadeante, acabando yo cuando ella acaba, liberada del tormento, teniendo un orgasmo por la agonía y el logro.

¡No podía escribir eso! Miré a las mujeres que se iban del salón, riendo y bromeando, corriendo a contar a nuestras amigas lo que Bertha Harris se había atrevido a asignarnos. Oh mi Dios, oh mi Dios, oh mi Dios. Pornografía, pornográfico, soy, es. ¿De dónde había salido todo eso? Leyendo de adolescente la colección de porno de mi padrastro, pajeándome lo más inmóvil y silenciosamente posible. Nadie debe saber. El sexo es peligroso. ¿Qué puedo decir que sea *un poco* peligroso, no *demasiado* peligroso?

Bertha Harris, mi amante y sus rígidas convicciones. Mi miedo. Me senté a escribir sobre cómo mi imaginación sexual había sido moldeada por los libros porno de mi padrastro, citando los títulos y haciendo chistes sobre el lenguaje. Media docena de veces empecé el texto y lo rompí. Lo que quería admitir era cuán conflictuada me sentía, cómo el lenguaje de esos horribles y sexistas libros sucios a la vez me ofendían y me calentaban. Quería hablar sobre lo confundida que estaba sobre el deseo mismo, qué actos parecían sexuales, qué parecía peligroso, qué era divertido o humillante o profundamente, profundamente erótico. Cada intento se estancaba en mi miedo. Más fácil ser graciosa que honesta. Más

simple ser confusa que directa. Escribía y reescribía en el terror de la traición, queriendo desesperadamente el amor de mujeres hermosas, está bien, las hermosas mujeres que me leerían. Pero cada esfuerzo estaba marcado por mi terror de su desprecio. Con un esfuerzo terrible, finalmente terminé un texto que era juguetón y gracioso, lírico y sensual. Escribí sobre sexo tierno, suave, “de bizcocho”, cómo a veces amarla en mi boca tenía gusto a manzanas y levadura. Lo formulé todo en metáforas oceánicas e incluso admití mi gran necesidad de encantar a la lectora/amante. Sobre todo, hablé en un lenguaje de convicciónlésbica, diferenciando mi deseo de los groseros y horribles actos de los hombres en los libros porno. Yo no era un varón, absolutamente no varón. “Esta no es una danza de quién lleva y quién es llevada”, escribí, “sino copular a la manera de delfines que nunca hacen el amor donde los hombres puedan verlos.” Definitivamente no varón.

Mi cuento-poema fue un gran éxito y una pequeña venganza. Cuando tuvimos la lectura, todas se sonrojaron y dieron grititos de apreciación. Lo leí sudando de terror, timidez, y orgullo. Mi ex-amante me sonrió, y supe que la próxima vez que alguien quisiera empujar su lengua contra su clítoris le iba a resultar más difícil negarse. Un pequeño resplandor de placer calentaba mi vientre. No fue hasta la tarde siguiente, cuando estaba sola tirada sobre la colina en la somnolienta luz del sol de la tarde, que pensé en lo que todas las demás habían leído, cuántas historias habían coqueteado con el miedo de decir la verdad sobre el sexo, cuán pocas de verdad describían el sexo mismo. Historias de amor, dolor y recuerdos, historias de recuerdos sensuales, una que jugaba con las palabras *comerla*, presentando el cuerpo de la amada, muerta hacía poco, cocinada como guiso y saboreada— tan no explícita que resultaba oscura. En el nuevo mundo valiente de la ficción lesbiana feminista, mucho parecía no ser tan valiente, después de todo.

En el contexto de lo que todas las demás habían escrito, mi cobardía no resultaba tan aparente. Pero yo sabía que había guiado lo que había escrito y lo que no había escrito. Había sido casi explícita sobre el acto, el cuerpo, y el deseo. Había dicho la palabra *labia*, había hablado sobre el sudor, y me había referido al grito pulsante de liberación que puntúa el orgasmo. Pero sólo había coqueteado con la verdad, la forma en que me encanta cuando las manos de mi amante me tiran del pelo, cuando sus dientes rastrillan mi piel. Había articulado un lenguaje tierno y seductor, pero yo no soy tierna en la cama, ni seductora. Cuando me caliento, soy abrupta y desespe-rada. Lo que no había dicho era tanto más que todas las palabras suaves que había usado con tanto cuidado.

¿Qué era tabú? ¿En qué contexto? El sexo siempre había sido tan riesgoso. Había parecido suficiente el simple hecho de declararme lesbiana. ¿Tenía que decir qué era lo que verdaderamente deseaba, lo que hacía y lo que no hacía, y por qué? La perspectiva era aterradora. Me fui de Sagaris llena de confusión. Empaqué mis cuadernos y cerré la boca sobre lo que no podía admitir que me avergonzaba. Había creído en todo lo que Bertha Harris había dicho sobre el proceso y la importancia de la escritura. Pero si todo estaba conectado, y escribir bien requería la clase de autoconocimiento y desnuda revelación que ella sugería, entonces escribir era demasiado peligroso para mí. No podía ir tan desnuda por el mundo. Dejé de escribir por seis meses. Cuando empecé a escribir de nuevo, lo hice sabiendo que era necesario. Quizás no para nadie más, pero para mí, la clase de persona que soy, escribir significaba un intento de acercarme sigilosamente a la verdad, de entenderla lentamente a través de los personajes de la página. Si escribir era peligroso, mentir era letal, y sólo a través del escribir las cosas descubriría cuáles eran mis verdaderos miedos, mi estratificada red de cuidadosas mentiras y cuidadosos secretos. No era importante si publicaba o no. Lo que importaba era el acto de autodescubrimiento,

autorrevelación. ¿Quién era yo y qué me pasaba? De la forma más extraña, lo que sé lo he aprendido sólo a través de la escritura de ficción. Lo que he podido imaginar ha moldeado lo que sé y me ha revelado lo que verdaderamente temo y deseo.

Es difícil conectar un año con el siguiente, una acción con la anterior, causa y efecto y cada acto con su reacción necesaria y única. Durante casi toda mi vida he estado demasiado ocupada como para analizar, para entender cómo esta experiencia produjo tal o cual obra, o cuál mujer excluyó a aquellas otras. Pero al releer *Lover*\*\* de Bertha Harris una noche, entendí que cuando escribí “Thighs” [“Muslos”] estaba escribiendo en respuesta y tributo a la amante misma, “la secuencia de eventos que ejecuta sólo para poner su propio cuerpo junto al de otra”, y que cuando llamé Boatwright a la familia de *Bastard Out of Carolina* (cuidadosamente evitando referencias a Gibson y Yearwood, nombres que habrían alertado a todxs mis parientes de Carolina del Sur sobre cómo hablaba de ellxs) estaba contactando a los mellizos de *Lover*, Bogart y Boatwright. Dado que sé que nunca habría escrito ningún libro sin las revelaciones que surgieron de esas clases con Bertha Harris, me resulta completamente apropiado haber hecho esas referencias tan indirectas e inconscientes a mi primera maestra. No lo había planificado, ni siquiera sabía que lo estaba haciendo, en ese momento, pero todos estos años había tenido una deuda con Bertha Harris. Ella fue quien se paró y se atrevió a decir lo que verdaderamente pensaba, quien me dijo que me llamara a mí misma escritora y estuviera a la altura de esa responsabilidad, quien reafirmó mi convicción de que escribir era importante.

Algunas de nosotras no tenemos opción, les digo siempre a mis estudiantes. Algunas de nosotras tenemos que escribir, para encontrarle un sentido al mundo. Escriban sus obsesiones, sus miedos,

---

\*\* Reeditado por New York University Press en 1993.

sus curiosidades y necesidades. Pueden decidir más tarde si publicar o no, les digo, cuánto y por qué. Y mientras les digo esto, sé que les estoy tendiendo una trampa— la misma en la que caí yo. Escribir sigue siendo revolucionario, escribir sigue teniendo que ver con cambiar al mundo. Cada una de mis estudiantes que dice la verdad sobre su vida se convierte en una parte de ese proceso, y cada texto que comparten conmigo que desafía mi propia autoexploración me empuja hacia un trabajo más profundo. El sexo y las mentiras, creo, están en el centro de esto. Puede que no sean felices como escritoras, les digo, repitiendo a Bertha Harris, pero van a saber quiénes son y cambiarán el mundo.

Exactamente.



## Sobrevivir es lo que menos deseo\*

Traducción: Juan Ariel Gómez – Mar del Plata - 2020

Se me pidió que hablara de la supervivencia. La dificultad que se me presenta es que sobrevivir es algo que deseo muy poco. Me interesan muchas más cosas que la mera supervivencia. Y no me siento lo suficientemente vieja ni lo suficientemente capaz para decirles a otrxs escritores gays y escritoras lesbianas cómo sobrevivir, mucho menos para hacer que salgan de aquí sintiéndose inspiradxs, provocadxs, desafiadxs, y determinadxs; para convencer a la gente de que, como comunidad, somos capaces de mucho más que la tenacidad. Lo que sí sé es que debemos apuntar más alto que al objetivo de mantenernos vivxs si es que vamos a comenzar a abordar nuestro verdadero potencial.

Soy parte de una nación que no es secreta pero que rara vez es reconocida. Nacida pobre, cuír, y rechazada, siempre me he reconocido a mí misma como una entre tantxs – fuertes no por ser diferentes, sino porque era parte de una nación también como yo, humana y frágil y testaruda y hambrienta de justicia en un mundo injusto. Ahora paso los cuarenta. He sabido que soy lesbiana desde mi adolescencia, también desde entonces he sabido que lo que quería era escribir.

---

\* Publicado originalmente como “Survival is the least of my desires” en Allison, Dorothy: *Skin. Talking About Sex, Class, and Literature*, Firebrand Books, 1994.



Mi edad, el origen de mi familia, la región y la clase en la que me crié, y sí, mis tiempos – las eras políticas y morales por las que he pasado – han dado forma a lo que soy. Soy la primera en mi familia en terminar la escuela secundaria, la primera en ir a la universidad. Es difícil para mí explicar lo extraordinario que fue eso: ser no solamente la primera, sino también por un largo tiempo la única en mi familia que pudo salirse del ajustado mundo hostil en el que había nacido. Pero fui a la universidad a comienzos de los años setenta, y tuve la inmensa fortuna de estar ahí en un momento en el que otros hijos y otras hijas de las clases trabajadoras se enfrentaban a un mundo en el que apenas eran reconocidxs. Esa experiencia estimuló en mí, como en muchxs de nosotrxs, una furia y una determinación que cuestionó los límites aceptados de la autoridad, de la legitimidad, de la corrección. Me convencí de que para sobrevivir tendría que rehacer el mundo de forma tal que se acercara más a coincidir con sus propios ideales.

En la universidad, comencé a activar en marchas en contra de la guerra y en los movimientos por los derechos civiles. Pasé a ser una activista del feminismo cuando otras personas de mi edad se casaban o se unían a las Fuerzas de Paz o comenzaban carreras. Todo eso que ellxs estaban haciendo y que yo no hice dio forma a mi vida, a lo que yo pensaba que podía hacer con mi vida. Entiéndanme, soy una de esas tipas peligrosas. Nunca quise ser rica. Siempre quise mucho más que eso. Siempre quise rehacer el mundo, y esa es una ambición mucho más codiciosa y trascendental que el dinero. Me uní a una pequeña nación de proto-revolucionarixs, cuírs y feministas y expulsadxs de las clases trabajadoras, soñadorxs la mayoría, querían un mundo en el que no se le negara la justicia a nadie, en el que nadie fuera odiadx por su origen, color, creencia, o sexualidad. Aunque casi no se lo reconozca, las personas como yo hemos rehecho el mundo en las últimas décadas.

Permítanme aclarar cuánto ha cambiado en este breve lapso de mi vida hasta ahora. Aunque hay pocas personas que continúen llamándose a sí mismas revolucionarias, el mundo ha sido transformado. Miren a su alrededor. El apartheid está siendo desmantelado y Nelson Mandela camina las calles de Sudáfrica. Hasta hace unos años nomás, no podía imaginar que eso pudiera llegar a ocurrir. Rusia es un nuevo lugar, también lo es China. El cuco comunista con el que me amenazaban en mi infancia se ha ido. El mundo no es menos peligroso, y la gente aún muere por sus orígenes, por sus creencias, por su color, y por su sexualidad, pero me encuentro llena de un sobresalto de asombro y esperanza. El mundo rígido en el que nací ha sido sacudido profundamente. La *homosexualidad* ya no es un desorden psiquiátrico, y mi novia y yo nos casamos en la municipalidad de San Francisco en la primavera pasada.

El mundo es un nuevo lugar, pero aún necesita ser rehecho. Todavía necesitamos revolucionarixs. Ya hace más de diez años desde que la primera persona que conocía personalmente murió de sida. El año pasado perdí otrxs cuatro amigxs, cuatro más de tantxs que no deberían haber muerto. El año pasado la ex de mi pareja terminó en la cárcel después de vivir en la calle durante dos años, mi última tía viva murió de cáncer como mi madre, y viví día tras día sin cobertura de salud, sabiendo que muy probablemente, yo, también, moriré de cáncer antes de que llegue a los sesenta. La mitad de la gente que conozco vive sin obra social o la certeza de un salario. El mundo necesita ser rehecho. Los escritores gays y las escritoras lesbianas, talentosas, brillantes que conozco apenas ganan para pagar sus alquileres, mucho menos para comprar el tiempo que necesitan para escribir los libros que quiero leer. Vivimos, todxs nosotrxs, en el conflicto menos probable, pobres por el trabajo que hemos escogido hacer, por las mentiras que elegimos no decir. Sabemos que enviar solicitudes al Fondo Nacional de las Artes o a los grandes comités bien financiados es como tirar una bola de nieve al sol.

Nuestras propias organizaciones – nuestras editoriales, revistas, librerías, y programas de escritura – apenas sobreviven. Oh si, el mundo necesita ser rehecho.

Si nosotrxs, como escritorxs, aspiramos a continuar, necesitamos gente con ambiciones más grandes, gente que niegue la censura, la negación, y el odio, gente que aún espere cambiar el mundo. Lxs escritorxs que se ven a sí mismxs como revolucionarixs, que asisten a las manifestaciones o fiestas atestadas con las sombras bajo sus ojos que prueban cuántas noches han pasado levantadx, después de un sueño limitado, para afinar sus habilidades y soñar sobre la página el mundo rehecho.

He vivido mi vida en busca del mundo rehecho.

Cuando tenía veintidós años, ayudé a organizar un centro de asistencia a víctimas de violaciones. Ese mismo año me involucré en el proyecto de una librería feminista, en formar parte de un centro de mujeres, en ser voluntaria como consejera de pares lesbiana, en enseñar un curso sobre antropología feminista, en editar una revista feminista, en intentar organizar un sindicato de camareras, y en organizar un colectivo lésbico-feminista que se volvió mi familia y hogar durante ocho años. Hice todo eso antes de cumplir veinticuatro, diciéndome que, si solo pudiera reducir más mis horas de descanso, podría hacer mucho más. Estos días miro a mi alrededor y pienso que necesitamos un poco más de gente dispuesta a dejar de dormir un poco.

Salvo por el hecho de haber vivido durante ocho años en esa comunidad lesbiana-feminista, soy como la mayoría de las otras lesbianas que conozco, las mujeres que amo.

Siempre he escrito una vez que he terminado de hacer todo lo demás, en momentos libres después de las suplencias en la guardería,

o de armar estantes para la biblioteca, o de preparar solicitudes de becas, primero al centro de mujeres, luego al departamento de estudios de mujeres y luego a las revistas. He trabajado para cuatro revistas feministas. Ninguna de ellas sobrevive hoy.

Cuando tenía veinticuatro años leía todo lo que las lesbianas habían escrito – cuando tenía veinticuatro eso era todavía posible. Rara vez me metí con los hombres, rara vez me contacté con mi familia, era estrictamente no-monógama, escribía poesía mala cuando me cansaba de dormir, y me enseñé a mí misma, laboriosamente, a escribir ficción en trozos de tiempo robados durante mis días de empleada. Edité la escritura de otra gente por muchos años antes de publicar la propia. No publiqué nada hasta que comencé a pensar que podría ser buena como para hacerlo. Y para ser franca, según mis propios criterios, ocasionalmente soy apenas lo suficientemente buena. Lo que quiero – mi ambición – es más grande de lo que cualquiera podría imaginar. Quiero ser capaz de escribir tan potentemente que pueda romperle el corazón al mundo y sanarlo. Quiero escribir de tal modo que literalmente rehaga al mundo, que cambie el modo de pensar de la gente mientras ven por medio de los ojos de los personajes que creo.

Soy y siempre he sido muy práctica con respecto a ser lesbiana. Las declaraciones de escritores gay que insisten defensivamente en que desearían ser vistos primero como escritores y como gays o lesbianas después, que insisten en que simplemente resulta que son cuír, en que ser cuír no tiene nada que ver con lo que escriben ni cómo escriben; los argumentos que tienen lugar entre exxs escritorxs y exxs otrxs que desprecian la primera categoría, que toman su sexualidad como su tópico principal y el factor subyacente de su estética – esos argumentos ruidosos e insistentes me resultan mayormente intelectuales, irrelevantes, y curiosamente pasados de moda. Nunca me imaginé que podía haber una cuestión que

surgiera por mi preferencia sexual y, como feminista, sé que mis convicciones dan forma a lo que escribo, a lo que mi voz manifiesta, y a los tipos de personajes que imaginaré – a todo eso que puedo escribir. Soy una única persona, una única persona que es lesbiana y escritora.

Cuando escuché a Edward Albee en una charla en la segunda conferencia Out Write en San Francisco en 1991, me quedé pensando en que los tiempos y el ethos que habían formado una idea de quién era – como hombre gay y escritor – no eran tan enloquecedores como trágicos. Que fue primero y principalmente una pérdida de tiempo haber pasado tanto de su vida en una lucha defensiva por afirmar su propia subjetividad y su sexualidad de cara a un público odiante e ignorante. Lo peor es que pareciera que pelear tan duro por esa sexualidad lo hubiera dejado amargamente ignorante del modo en que las luchas por los derechos gay y los derechos humanos están interrelacionadas, incapaz de ver cómo es que la lucha por los deseos de otras personas se conecta con la propia lucha. Si estamos obligadas a hablar acerca de nuestras vidas, de nuestra sexualidad y de nuestro trabajo únicamente en el lenguaje y con las categorías de una sociedad que nos desprecia, en última instancia seremos incapaces de hablar más allá de nuestras aflicciones. Desapareceremos en esas categorías. Lo que he intentado hacer en mi propia vida es rechazar el lenguaje y las categorías que me hubiesen reducido a menos que mi propia experiencia compleja. Al mismo tiempo he intentado mirar a la gente diferente a mí con el mismo tipo de compasión que me gustaría que me dispensaran.

Cuando pienso en la generación de escritores de la que Edward Albee forma parte, me decido más a rehacer el mundo. Trabajo para hacer posible que lxs jóvenes escritorxs cuír no tengan que desperdiciar energía confrontando el odio y el rechazo de una mayoría ignorante. Pero para contribuir con otras vidas, sé que tengo

que comenzar por examinar cuidadosamente las particularidades de mi propia vida. Debo reconocer quién me ha ayudado a sobrevivir y cómo es que mis propias expectativas se han conformado. Debo reconocer los milagros de mi vida.

Sí, me he formado como lesbiana y como escritora por medio de milagros. Milagros, quiero decir prodigios, maravillas, y accidentes asombrosos, yuxtaposiciones afortunadas, y encuentros felices, algunos resultantes del trabajo y el azar, pero muchos otros inexplicados e inexplicables. Fue un milagro que sobreviviera mi adolescencia para terminar la educación secundaria y ganara esa beca para ir a la universidad. Fue un milagro que descubriera el feminismo y que encontrara que no tenía que avergonzarme de ser quien era. El feminismo me dio la oportunidad de entender mi lugar en el mundo, y de reclamarlo como a un dominio y a un derecho.

Pero el feminismo, para mí, no era solamente acerca de la sexualidad. El deseo sexual era más problemático. Cuando era muy joven me imaginaba que tendría que ser célibe. Sabía lo que quería desde el primer arrebato de pubertad. Sabía lo que quería hacer con esas chicas en la escuela. Y alrededor mío veía miedo y muerte y pérdida. No es posible imaginar lo aterrada que estaba a los doce y a los trece. Decidí que me haría una especie de monja Bautista. Me parecía una opción razonable después de que mi familia se mudara al centro de Florida y me escabullera en el bar gay cerca de la estación de buses de Orlando, Florida. Con una sola mirada a esas mujeres me di cuenta de que iba a estar en muchos problemas. Sabía, bien desde el principio, lo que iba a ocurrirme. Sabía que era una *femme*, testaruda, mandona, románticamente masoquista a más no poder, y que esas chicas iban a comerme viva.

Así que las opciones eran ser comida viva o volverme célibe.

Es un milagro que haya quedado algo de mí en pie.

Fue un milagro que me hubiera dado cuenta de que mi disfrute sexual no requería que mi compañera estuviera totalmente borracha, o violentamente furiosa, o adquiriese derechos permanentes sobre mi cuerpo solo porque sabía cómo hacerme acabar. Fue un milagro que siguiera escribiendo ficción por gusto propio incluso cuando verdaderamente creía en la revolución de las mujeres y también estaba completamente convencida de que nunca ocurriría si no juntaba personalmente el dinero para ello, o atendía llamadas, o cocinaba un plato proteico para la reunión donde lo planeábamos todo. Milagros, incidentales, maravillosos, mujeres y hombres que conocí en el momento preciso o quizás apenas tarde, pero lo suficientemente pronto como para impedir que dejara todo a un lado o me hiciera más daño del que pudiera sobrevivir. No me aferro a ninguna religión organizada, pero creo en el continuo impacto de los milagros.

Finalmente, tengo que decirles que fue un milagro que no terminara con mi vida solo por la desesperación de que me dijeran que era demasiado lesbiana para el feminismo, demasiado reformista para el feminismo radical, demasiado perversa sexualmente para el lesbianismo respetable, y demasiado obstinada para la revolución de las mujeres, gays, y cuírs. Que esté aquí ahora, escribiendo y hablando y enseñando, y viviendo mis propios ideales feministas, es asombroso. No he cambiado nada. El mundo ha sido rehecho.

Creo en la verdad. Creo en la verdad del modo en que solamente puede hacerlo alguien a quien se le ha negado cualquier uso de la verdad. Conozco su poder. Conozco la amenaza que representa para un mundo construido sobre mentiras. Creo que cualquier truco que te permita escribir la verdad está bien, pero también creo que algunos trucos son más caros que otros. El que he usado más frecuente y exitosamente es el de hacer como que soy solo alguien

que intenta entrar en tema con su versión de los hechos. Mi escritura se hace ficción rápidamente de todos modos. La verdad es más vasta que los detalles de lo que realmente transcurrió en mi vida.

Conozco los mitos familiares que atraviesan la literatura, música, y política de nuestra sociedad – y conozco la realidad. La realidad es que para muchxs de nosotrxs la familia fue tanto la incubadora de la desesperación como el entorno propicio para dar cobijo a los mitos prometidos. No se espera que hablemos de las vidas familiares reales, especialmente si nuestras familias no replican el modelo heterosexual mítico. En un mundo en el que solo una fracción de su población vive en esa familia nuclear al estilo “Papá lo sabe todo”, en el que el porcentaje más grande de familias consiste en mujeres y niñxs que viven en la pobreza, necesitamos escuchar mucho más de quienes estamos felices de vivir fuera del modelo mítico. Pero también creo en la esperanza. Creo en la vida rehecha, en las posibilidades inherentes a nuestras familias gay y lesbianas, en nuestras familias de amigxs y amantes, en la cura que puede tener lugar entre nustrxs más heridxs. Mi familia de amigxs me ha mantenido viva mientras me han dejado amantes, han fracasado proyectos, y demasiadas historias no han podido concluir. Esa familia ha formado parte de ese rehacer el mundo para mí.

Lo peor que se nos ha hecho en nombre de una sociedad civilizada es etiquetar la verdad de nuestras vidas materiales fuera de los temas legítimos de un escritor serio. No se espera que hablemos de nuestra sexualidad, no más que en los términos más generales y degradados, nuestras pasiones reducidas a adicciones o el objeto de teorías pobremente pensadas de la desviación y la compulsión, nuestras relaciones amorosas más legendarias reescritas como las interacciones insulsas de mejores amigxs o sistemas de dependencia obturados y soluciones económicas necesarias.



Yo necesito que ustedes hagan mucho más que sobrevivir. Como escritorxs, como revolucionarixs, digan la verdad, su verdad a su propio modo. No se dejen llevar por sus sistemas de censura, al imaginar que, si eliminan este personaje, u ocultan esa emoción, pueden zafarse de sus obstáculos. No se desesperen por agradecerles. La única esperanza que tienen, la única esperanza que cualquiera de ustedes tiene, es la vida rehecha. Es el único modo en el que sobreviviremos, cambiar a cualquiera de nosotrxs por algunxs no es una opción. Ese es el modo en el que perderemos nuestras vidas, todas nuestras vidas.

La segunda peor cosa que se nos ha hecho es algo que nos hacemos unxs a otrxs. Nos pedimos entre nosotrxs representar nuestra sexualidad y relaciones como simples, llanas, y vitales. Queremos oír historias heroicas, leyendas en las que las parejas se reencuentran al final y se dirigen a un atardecer, con apenas una distinción de que son del mismo género juntxs del brazo, sus labios sellados hacia el siguiente amanecer. Necesitamos nuestros romances, sí, nuestros finales felices. Pero no pasen por alto las dificultades y reescriban los horrores. No lo hagan todo más fácil de lo que en realidad es y ablanden las tragedias. No hagan como que no nos matan en las calles o no nos rompen en las habitaciones oscurecidas de la familia norteamericana. Necesitamos la verdad. Y sí, es difícil, cuando peleás por tu vida y la de aquellxs que amás, tan solo admitir lo abrumadora que puede resultar esa pelea, reconocer cuántxs de nosotrxs hemos perdido, cuántos se han destrozado, desatar los nudos de la fantasía y del mito que aturden nuestra imaginación y acosan nuestros deseos de familias en las que podamos confiar unxs en otrxs y de futuro. Pero si es que voy a sobrevivir, necesito ser capaz de confiar en sus historias, de saber que no van a mentir ni siquiera para conformar.

Creo que el secreto de la escritura reside en que la ficción nunca excede el alcance del coraje de quien escribe. La mejor ficción viene de ese lugar donde se esconde el terror, el borde de nuestro peor trabajo. Creo, absolutamente, que si no comenzás a transpirar de miedo cuando estás escribiendo, es porque no has ido suficientemente lejos. Y sé que pueden fingir ese coraje cuando no se piensan como corajudxs – porque lo he hecho. Y no es que esté mal, fingir hasta que lo puedan sacar. Sé que hasta que no comencé a combatir mis propios miedos, hasta que no conté las historias que me era más difícil contar, y no escribí justo eso que más temía y que más inseguridad me hacía sentir, no había escrito nada que valiera un carajo.

Escribo lo que creo que son “relatos morales”. Eso es lo que intento, aunque cada vez más pienso que contar la verdad emocional de las vidas de las personas, no necesariamente la verdad histórica, es el único uso moral de la ficción. Les daré un ejemplo. La verdad histórica sobre la niña en la que basé mi personaje Shannon Pearl es que ella siguió, una niña de su cultura, y vive esa vida aún, hasta donde sé, allá en Greenville, aunque la niña que recuerdo no sabía nada de música gospel. Le dí esa vida para armar un relato más grande. Pero lo que es emocionalmente veraz es que ella era alguien a quien yo pensaba como apretujada, como si su alma fuera una perla comprimida, compacta y blanca como una roca fría. Quizás el relato más “verdadero” de su vida sea mejor que el que le dí en “Gospel Song”, pero me otorgo en esto el beneficio de la duda. Esa fue la narración que pude escribir entonces, y es tan verdadera como lo pude lograr. Su veracidad reside en la complejidad del personaje, odiada y odiosa, que no es buena sino más bien trágica. No escribo sobre gente buena. No soy buena gente. Tampoco lo es ninguna de las personas que me han importado. La verdad de nuestras vidas no es buena, y admitirlo me permite hacer a las personas en mis cuentos más completas, honrar verdaderamente a

quienes he perdido. No es algo que siempre pueda hacer tan bien como me gustaría. Pero querer esto para mis relatos tiene que ver con que yo misma procure estar completa.

Algunos de mis relatos que se leen con dificultad desde afuera son más sencillos en su escritura, relatos impulsados por la ira. La furia es fácil. La mayor parte de mi colección de relatos, *Trash*, fue escrita con rabia. Si lo hubiera hecho con más pena, podría haber sido un mejor libro, pero necesitaba trabajar con esa rabia primero. Tarde o temprano, si seguís exigiéndote, empezás a escribir relatos desde algo más que la furia, y comienzan a desgarrarte incluso mientras los estás escribiendo. De un modo extraño, ese desgarrar hace posible la cura, no solo en quien escribe sino también en el mundo. Es como si estuvieras abriendo el tejido de una cicatriz para así permitir un nuevo crecimiento. El relato más fácil de escribir para mí es ese en el que me siento frente a la imagen imaginaria de esa persona a la que siempre me ha dolido dirigirme y decirle algo – mi padrastro, o mi madre, o mi primera amante – y comienzo la narración diciendo: “Vos, hijx de mil yutas...” Es fácil. Dejo que la ira narre el relato. Las historias más duras son las que comienzo con pena, o con el intento por entender, las historias que comienzan, “Perdón”, o incluso, “Me dio tanta vergüenza”, o, “Carajo, te extraño tanto”.

Quiero historias duras. Las demando de mí misma. Las demando de mis estudiantes y amigxs y colegas. Las historias duras son dignas de su dificultad. Me parece que el único modo en el que he perdonado algo, en el que he entendido algo, es a través del proceso de abrirme a mi propio terror y dolor para reexaminarlo, recrearlo en el relato, y volverlo otra cosa, hacerlo significativo – incluso si el significado reside solo en el acto de narrar. Algunas cosas son totalmente injustas, sin sentido, horribles, encandiladoras, destructoras del alma: la muerte de un ser querido, la violación infantil.

Situaciones que algunxs de nosotrxs conocemos demasiado bien. No tenía ningún sentido lo que mi padrastro me hacía. Pero los relatos que han surgido de eso sí tienen sentido. Más aún, esas historias no funcionan como una forma de retribución. Son reparación para aquellxs como yo, puedan o no escribir sus propios relatos. Los míos no están escritos *contra* nadie; son *para* esas vidas que necesitamos.

Me llevó veinte años poder escribir lo que escribo por estos días, pero lo que escribí en los diecinueve años anteriores es igualmente importante. Hay un ensayo de Ursula K. Le Guin\*\* que adoro, donde habla de la importancia de las mujeres que ofrecen su propia experiencia como sabiduría, cómo es que cada percepción individual resulta vital. Esa es, creo yo, la importancia de decir la verdad, cada unx de nosotrxs escribe a partir de la visión única que nuestras vidas nos han dado. Es la razón por la que animo a lxs escritorxs jóvenxs con quienes trabajo a que confronten sus propias vidas en su ficción. No pasa porque tengan que escribir una autobiografía, sino que se trata de que usen su vida y todo lo que les ha pasado en la realización de los relatos que cuentan; tienen que honrar a sus muertxs, a sus heridxs, y a sus pérdidas; deben reconocer sus propios crímenes y su propia vergüenza, deben sentir el impacto de lo que hacen y de lo que no hacen en los mundos de sus narraciones. Les digo que tienen que tomarse el trabajo de narrar con total seriedad. Quiero que las historias que leo me transporten, me hagan ver gente que no conozco como se ven ellxs a sí mismxs – la niña aterrada que después fue lesbiana, el nenito maricón y su amor y avidez por la verdad, jóvenes que mueren injustamente y demasiado pronto que hablan de la muerte con una familiaridad que hace que me ría de mis propios miedos. Cada unx de nosotrxs tiene su propia amargura, su propio miedo y esa ternura porfiada

---

\*\* “The Fisherman’s Daughter” [“La hija del pescador”] en *Dancing at the Edge of the World* (Grove Press: Nueva York, 1989)

por la que somos conocidxs. Cada unx de nosotrxs tiene su propia historia y ninguna se parece a la otra, aunque a veces algunos detalles son similares. Díganme la verdad y yo les haré una promesa. Si me muestran la suya, yo les mostraré la mía. Eso es lo que lxs escritrxs hacen entre sí.

Escriban sus relatos del modo que tengan que enmarcar esa verdad para que salga, toda vez que puedan. Usen cualquier truco. Quiero saber qué es lo que miraron sin vacilar, incluso cuando no sabían en realidad qué era lo que estaban viendo. Si no funciona ninguna otra cosa, comiencen por escribir esa historia para mí. Imagínenme. Nací para morir. Lo sé. Si hubiera podido encontrar lo que necesitaba a los trece, no habría perdido tanto de mi vida procurando reivindicación o muerte. Denle a algunx niñx, a alguien de trece años, la esperanza de una vida rehecha. Digan la verdad. Escriban el relato que siempre temieron contar. Les juro que hay magia en eso y que, si se muestran desnudxs, yo me desnudaré para ustedes. Será nuestro pacto.

A la gente le digo que escribo historias crueles, y en efecto es lo que hago – relatos que cuentan la verdad que conozco y solo la parte que conozco, porque no es que sepa mucho tampoco. Sé lo que es ser cuír en esta década, sé de la pena de haber perdido tantxs amigxs, tantxs miembrxs de nuestras preciosas familias rehechas. No tengo tías que me cuenten sus historias, y tres cuartos de los jóvenes gays con quienes trabajaba, y a quienes aprendí a amar cuando comenzaba a escribir, han fallecido, junto con muchas lesbianas que conocía.

El sida y el cáncer han arrasado con mi comunidad – no son metáforas, sino la muerte en cifras al por mayor. Han desaparecido segmentos de mi vida junto a quienes hemos perdido, y siento una presión inmensa cuando escribo historias que intentan preservar esos tiempos, esa gente, mis amigxs: John Fox, Mary Helen

Mautner, Allen Barnett, Geoff Maines, Vito Russo, Cynthia Slater, George Stambolian, y muchxs otrxs más que no se podrían sino enumerar en un homenaje masivo. Apenas mis amigxs personales que han muerto, la lista completa es demasiado larga. ¿Cómo no voy a escribir historias crueles? No tengo la esperanza fácil de una niña que añora mejores tiempos, tan presente en mis primeras historias. Me he enamorado del lado arduo, ese con mujeres y hombres que la vida y las pérdidas han endurecido, quienes, sin embargo, nunca perdieron su decidido amor por su propia gente. Si no soy lo suficientemente cruel como para honrarlx, entonces no tengo derecho a sus historias.

Necesito que cuenten historias crueles. Necesito que honren a nuestrxs muertxs, que ayuden a que sobrevivan. Hace más de diez años, escribí un poema sobre una lesbiana que murió en Boston, una muerte sobre la que leí en un diario e inmediatamente supe que podría haber sido la mía. La muerte de una mujer que “pudo no haber sido conocida como una lesbiana” pero de quien, a la vez que leía su poema en público, aprendía más y más hasta que estuve segura de que no solo su muerte, sino también su vida, podrían haber sido las mías, y de que, muy probablemente, ella, también hubiera querido que se contara la cruel historia de su vida. Compuse una cruel pieza de esperanza al contar sobre ella, porque creo que si muriera esa muerte alguien cantarí mi canción, recontaría mi historia.

Más y más de lo que escribo ahora lo hago para homenajear a quienes hemos perdido. Hacer más que sobrevivir, eso es lo que necesitamos, lo que necesito de ustedes. Necesito que digan la verdad, que cuenten las historias crueles, y que canten con esperanza. Necesito que todxs nosotrxs vivamos por siempre y rehagamos el mundo. Escuchen nuevamente las palabras de mi poema y recuerden la vida que honra, la vida rehecha que se le negó a unx de nosotrxs.

Boston, Massachusetts, hace algunos años  
una mujer me contó de una mujer muerta,  
una mujer que pudo no haber sido conocida  
como una lesbiana.

Nadie está segurx de que lo supieran.  
La policía no dijo eso, dijeron que  
llevaba una campera de cuero, jeans azules,  
botas gastadas,  
llevaba su pelo oscuro recortado y era nueva en el  
barrio,  
vivía en una vieja casa de ladrillos a la vista con otras tres  
mujeres.

Dijeron que iba con un bidón de gasolina.

No dijeron por qué,  
un auto esperaba  
un tarro de pinceles pegajosos.

Dijeron que era blanca  
sus amigas eran blancas  
el barrio era malo,  
ella y sus amigas fueron tontas  
no pertenecían aquí  
eran cuír de todos modos.

Dijeron que el grupo de toscos tipos jóvenes  
se reían mucho  
cuando la pararon,  
que ella se rió también,

y después  
hicieron que se derramara la gasolina  
sobre su cabeza.

Después dijo algún policía  
que la mierda que era una puta bien resistente  
porque caminó dos cuadras por sus propios medios,  
dos cuadras hasta el almacén 24 horas  
donde otro pequeño grupo miraba  
diciendo  
*¡Miiiiierdaaaaa!*  
*¿Ves?*  
*¿Estás viendo eso?*

Leí sobre eso en el diario – dos párrafos  
He llevado conmigo esa historia desde entonces  
quiero más, quiero que nadie tenga que ser  
esos dos párrafos escuetos.

Nos volvemos nuestras muertes.  
Nuestros nombres desaparecen y nuestras amantes dejan la ciudad,  
corazones rotos, locas,  
pero nosotras somos las que morimos.

Somos las olvidadas  
en llamas en las calles  
sacudiendo las manos, gritando,

*Esto no es todo lo que soy.*  
*Tenía otra cosa en mente qué hacer.*



No en esa calle,  
siempre y solamente eso  
cuando tenía tanto más por hacer.  
A veces  
cuando amo a mi amante  
mi boca sabe a

cenizas  
arenosa  
granulosa

rechinan los dientes  
los dientes de una mujer  
ciertamente conocida  
por ser una lesbiana.\*\*\*

(Conferencia principal en la edición 1992 de OutWrite, simposio de escritores gays y escritoras lesbianas.)

---

\*\*\* *The Women Who Hate Me* [Las mujeres que me odian] (Firebrand Books: Ithaca, Nueva York, 1991).

## Puritanxs, pervertidxs, y feministas\*

traducción: Gabriela Adelstein, Buenos Aires, 2020

Muy bien. Voy a contar el hecho más embarazoso de mi vida sexual, un secreto que he guardado durante años, un secreto de mal gusto, un secreto humillante, un detalle completamente inexplicable y profundamente oculto sobre mi adolescencia. No, no voy a contar sobre bombachas de goma, o cachorros entrenados, ni siquiera sobre la fijación largamente suprimida de una lesbiana en objetos fálicos. La verdad, juro, es que pasé la mayor parte de mi adolescencia (y, lo admito, después de los veinte años) masturbándome con libros de ciencia ficción, historias maravillosas e imposibles llenas de lucha y angustia.

Cuando era chica leí *Hija de Marte* de Robert Heinlein, *Jirel de Joiry* de C.L. Moore, los libros de Telzey de James Schmidt, *Más Que Humano* de Theodore Sturgeon, y todos los cuentos de Alyx de Joanna Russ. Cada uno de estos libros se mantuvo en mí mucho tiempo después de que terminé de leerlos. Sus mundos eran los mundos adonde iba para escapar de aquel en el que había nacido, y esos mundos eran exuberantes, llenos de aventura, aterradores, y deliciosamente gratificantes. Me ajustaba la espada de Jirel sobre

---

\* Publicado originalmente como "Puritans, Perverts, and Feminists" en Allison, Dorothy: *Skin. Talking About Sex, Class, and Literature*, Firebrand Books, 1994. Una versión anterior de este ensayo apareció en *The New York Native* en 1985.

la cadera y borraba el beso del demonio de mis labios, de luto por lx amante que había tenido que asesinar pero sostenida por mi orgullo y mi indignación. Dirigía mis ojos de calma gatuna hacia las enormes y peligrosas criaturas que me capturaban y querían usarme como lxs alienígenas hacían siempre con Telzey y, como ella, desbarataba los planes de los malos y al final me iba triunfante. Después vinieron los libros de Joan Vinge, C.J. Cherryh, Vonda McIntyre, Suzy McKee Charnas y Elizabeth A. Lynn. Me convertía en lx niñx ladrónx capturadx y azotadx de la novela de McIntyre, en la mujer a caballo que limpia su cuchillo mientras escucha a lx esclavx fugitivx que había caminado hasta el fin del mundo, unx de esxs pervertidxs fascinantes que Elizabeth Lynn parecía entender tan bien. Tenía orgasmos con las aventuras que conjuraba para mí misma en esos mundos, pero lo más importante era la constante, excitada satisfacción de imaginarme a mí misma tan lejos y tan diferente.

Existía la justicia en esos libros (justicia, venganza, reivindicación, apego femenino, sexo), y lo que me parecía una filosofía de vida más humana y compasiva. Soy una criatura de esos libros tanto como lo soy de mi familia, mi región, mi deseo sexual. Soy el resultado de la literatura barata.

Me resulta frustrante que tanta gente divida lo erótico y lo cotidiano en categorías tan obstinadamente divididas. Existe esta noción de que el sexo es separable de la vida, de que la pornografía no sólo es algo degradado y físicamente sospechoso, sino también fácilmente reconocible. Cuando las mujeres se ponen fervientemente virtuosas sobre este tema, me dan ganas de preguntarles sobre sus fantasías infantiles. Quizás desde que son adultas han puesto límites a sus imaginaciones eróticas, pero ¿qué las hacía jadear cuando eran niñas? ¿Nunca llegaron a casa después de ver alguna película tonta y se acostaron en su cama viéndose como la

heroína triunfante, o la heroína en peligro, o incluso la villana, la persona que atrapa al héroe/heroína y de todos modos tiene las mejores líneas de diálogo? Me pregunto si alguna otra persona vio la película *Barbarella* y fantaseaba no con la debilidad de Jane Fonda y su cara en blanco, o con el torso musculoso del Ángel, sino con la Reina Negra con sus cuchillos giratorios y un ominoso parche en el ojo. Es fácil hacer que la gente se indigne sobre las novelas baratas desagradables y sexistas que la mayoría de la población, de todos modos, no quiere admitir que ha leído. Es mucho más difícil hacer que la gente piense (y mucho más difícil que hable) sobre el tipo de imaginación erótica que toma películas banales, *best-sellers* románticos trillados, y los programas de televisión con más clichés, para construir fantasías sexuales personalizadas que son invariablemente más efectivas que las revistas porno del mercado masivo, por más explícitas que sean.

Es desconcertante hablar sobre cómo funcionan realmente nuestras imaginaciones sexuales, incluso si nuestros deseos sexuales no se acercan ni remotamente a esos escenarios de cuero negro y superficies cromadas que a nuestros magistrados sociales les encantaría ilegalizar. Para algunas feministas, a menudo parece peligroso siquiera reconocer la imaginación sexual. Lo sexual es impredecible, irracional, engañoso, y de amplio alcance. Peor aún, es completamente resistente a simples legalismos o a categorías filosóficas claras. La mayor parte de las imágenes sexuales no tiene una única interpretación sino un rango de impactos de múltiples niveles según el contexto, el gusto personal y el simbolismo oculto. Recuerdo demasiado bien a una de mis mejores amigas de la adolescencia, una chica que parecía no tener ningún afecto sexual de ningún tipo, que rezaba el rosario tres veces por día, y planificaba con una determinación metódica y obstinada su eventual admisión a un convento lejos en el Suroeste. A mí, como proveniente de una familia bautista, su catolicismo me resultaba exótico,

fascinante, y extravagantemente perverso, en especial por la forma en que hablaba de él con un lujo de detalles sexuales aparentemente inconsciente. La forma en que describía cómo rezaba toda la noche, el dolor de rodillas y el ardor del cuello inclinado, la imagen sin aliento del Señor crucificado que casi le hacía detener el corazón de angustia, me recordaba sobre todo mis propias inmersiones nocturnas en sueños eróticos y la liberación orgásmica purificadora. Ninguno de mis oblicuos comentarios sexuales era percibido por mi amiga. No creo que se tocara jamás los genitales más que para cubrirlos apresuradamente con bombachas de algodón. Pero quizás ésa era su forma de rechazar la vergüenza sexual, poniendo todos esos sentimientos en las manos seguras y desinfectadas de la Virgen María. A fin de cuentas, probablemente estaba más segura con ella que conmigo.

No comprendí cuán tortuosa y subterránea podía ser la imaginación sexual hasta que leí el ensayo de Joanna Russ “Pornography by Women for Women, with Love”<sup>\*\*</sup> [“Pornografía por mujeres para mujeres, con amor”]. El ensayo de Russ explora una idea que casi todo el resto de la gente había estado ignorando con la mayor dedicación posible. Examina el género de ficción de *Viaje a las Estrellas*, en particular los fanzines y las antologías K/S (por Kirk/Spock). Esos libros e historias, a menudo clasificados como pornografía (por lxs mismxs autorxs), son sorprendentes por su contenido homosexual, si bien, como buena parte de los comics japoneses asombrosamente violentos, son escritos en su mayoría por mujeres heterosexuales para otras mujeres heterosexuales. Muchos de los cuentos K/S tratan sobre cómo el Capitán Kirk y el Sr. Spock se hacen amantes, y a menudo incluyen mucho contenido S/M. Russ entra en maravilloso detalle sobre el componente erótico de las fantasías, señalando que su contexto a menudo niega los

---

<sup>\*\*</sup> *Magic Mommas, Trembling Sisters, Puritans and Perverts*, Freedom, CA: Crossing Press, 1985

verdaderos actos que se dan. Por ejemplo, los cuentos están llenos de escenas en las que Kirk o Spock son golpeados o torturados; después un personaje termina cuidando a la víctima, con fuertes sentimientos eróticos y románticos. En algunos casos, el sexo resulta necesario para salvar a la víctima, sacudiéndolos de nuevo a la cordura o haciendo arrancar sus sistemas inmunológicos. Los personajes de Kirk/Spock pueden sentirse conmocionados o avergonzados por su comportamiento, pero no pueden evitar realizar esos actos impactantes. El conflicto mismo se convierte en parte de la carga erótica, y eso fue algo que entendí sobre mi propia sexualidad, la repulsión/atracción que puede abrumar y oscurecer el deseo sexual. Los personajes de los cuentos Kirk/Spock hacen cosas que jamás pueden admitir querer hacer, permitiendo que lxs autorxs de las historias se den el mismo lujo.

Lo mejor del ensayo de Russ es que estudia atentamente las historias para ver qué es lo que realmente está pasando, esto es, para qué están usando sus fantasías lxs mismxs autorxs. Considera que el material K/S es un retrato del amor y el sexo como las mujeres quisieran que esos actos se vieran en la vida real, sin importar si esos actos los realizan dos hombres, o un hombre y una mujer. Cita el trabajo de las teóricas Susan Gubar, Patricia Lamb y Diana Veith, y examina el código y la transferencia que son característicos de la mayoría de las fantasías. Russ sugiere que cuando las mujeres que escriben ciencia ficción escriben sobre alienígenas, en realidad a menudo pueden estar escribiendo sobre mujeres. Podemos ver un ejemplo en las prácticas sexuales de K/S: los muchachos tienen sexo anal con la facilidad y la lubricación que en realidad son características del coito vaginal. Yo misma soy fanática de *Viaje a las Estrellas* desde hace mucho tiempo, y me encantó todo este género. Pero no podía evitar preguntarme por qué no había fanzines que nos trajeran las aventuras de Uhura con algunas guerreras romulanas. ¿Era el lesbianismo tan peligroso que no podía siquiera

ser tratado simbólicamente? ¡Quizás Kirk y Spock eran de alguna manera mujeres codificadas, una variación sobre las tortilleras alienígenas!

Después de leer el ensayo de Russ comencé a reconsiderar de qué se había tratado en realidad mi vida como adolescente fanática de la ciencia ficción. Me encontré pensando en los niveles de significado que tomé de la ciencia ficción: no sólo las aventuras sencillas, sino las lecciones simbólicas y políticas que extraje. Después de todo, me comía los libros de ciencia ficción como golosinas, hasta el punto en que vivía más en los mundos de fantasía que en el pequeño pueblo sureño donde nació. Sí, las mujeres y las chicas de esos libros tenían aventuras. Tenían grandes pasiones, terrores, éxitos, y se salvaban de milagro. Sus mentes trabajaban constantemente, y casi nunca del modo en que la ficción tradicional me decía que las mujeres pensaban. No se preocupaban de lo que pensaban de ellas los hombres y los muchachos; se preocupaban por su supervivencia. No se hacían problemas por si tenían que usar maquillaje o no; se ajustaban las capas y salían hacia las estrellas. Tenía también muchos libros en los que un personaje era torturado o lastimado para que el otro le ofreciera consuelo sexual, y la mayoría de éstos habían sido mis favoritos antes de que me diera cuenta de que yo podía querer encontrar alguna criatura exótica interesante que me atara y me enloqueciera de deseo. Cuando la mayor parte de la población femenina andaba dando vueltas con peinados colmena, preocupada por si estaba bien que una chica llamara a un chico, esos libros eran algo bastante radical.

Las mujeres me sonaban como tortilleras. Incluso tenían sexo, sexo real, sin envoltorio simbólico.

De hecho, uno de mis favoritos de siempre era una novela de Joanna Russ, *Picnic en Paraíso*. La heroína, Alyx, no sólo era una ladrona fenicia mordaz y de ojo avizor que pasaba la mayor parte

del libro burlándose del chongo blanco y rico que en cualquier otro libro habría sido el héroe, sino que se iba a cada rato a los arbustos con el punk adolescente y se lo cogía. Y uso la palabra activa a propósito: Alyx se subía sobre ese chico y lo disfrutaba. Ni siquiera le importaba que él siguiera escuchando su walkman mientras lo hacía. Esa era una escena que sacudía mi alma adolescente plagada de deseo, llevando mi imaginación en direcciones que probablemente habrían sorprendido muchísimo al editor de Russ. Acá no se trataba de codificaciones, o referencias veladas. Era netamente heterosexual, pero igual parecía ofrecer un incentivo tácito al deseo sexual femenino y a la agresión sexual femenina. Pensaba que se aplicaba a las lesbianas tanto como a cualquier otra persona. Después de todo, Alyx nunca me resultó demasiado preocupada por la pasión heterosexual. Le gustaban lxs adolescentes, en su mayoría chicas, pero estaba ese chico en *Picnic*.

Todos y cada uno de los libros que he mencionado se convirtieron en alimento para mi vida de fantasía adolescente, que en su mayor parte estaba definitivamente obsesionada con el sexo. Las historias privadas que inventaba para mi propio disfrute tendían a la creación de maquinaria erótica ligeramente aterradora y decididamente inhumana: androides que hacían sólo lo que les ordenaba su programación, o máquinas en las que una podía insertar su propia carne desnuda y tierna sin temor a ninguna intrusión de lo banalmente humano. El miedo condicionado por una infancia aterrorizada y dependiente me alejaba de imaginar cualquier verdadero contacto sexual humano con otrxs humanxs temerosxs, o posiblemente peligrosxs, como yo.

Fui condicionada para suspender mi incredulidad con la ciencia ficción, y eso significaba que podía imaginarme a mí misma en los libros. Pero de todos modos era un gran salto pasar de mis fantasías tentativas y cuidadosas a imaginar las aventuras sexuales de



esas maravillosas heroínas. Que empezara a hacerlo fue gracias al poder de lxs escritorxs de ciencia ficción realmente talentosxs, que me dieron mundos en los que las niñas pequeñas no tenían que confrontar los horrores de mi vida cotidiana. Algunxs autorxs eran mejores para estimular la imaginación que otrxs y, sorprendentemente (al menos para mí), lxs mejores no siempre eran mujeres. Samuel Delaney, por ejemplo, me dio la heroína de *Babel 17*: poeta, guerrera y revolucionaria que alcanza sus objetivos más potentes a través del uso de un lenguaje alienígena particularmente poderoso.

Lo que es más importante, Delaney me dio el cuento corto “El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas”. Este relato era tan significativo, tan devastador emocionalmente, que lo leí una vez e inmediatamente perdí el libro, un acto que tardé mucho tiempo en reconocer como no accidental en absoluto. Durante años le contaba a la gente fragmentos de la historia, con la esperanza de que me dijeran dónde podía encontrarla de nuevo, pero omitía sostenidamente los detalles que me eran más peligrosos a nivel personal. “El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas” fue el primer cuento que leí que de verdad tenía personajes reconociblemente gay, casi contemporáneos. También fue mi primer cuento de S/M gay explícito. Hermosamente escrita, y lo suficientemente sutil para que yo en la práctica pudiera hacer de cuenta de que no implicaba el tipo de relación que implicaba, la historia me hizo pensar en mis propias imágenes románticas: el muchacho, el cantante cuyo cuerpo está cubierto de cicatrices, que no puede evitar perseguir su propia destrucción masoquista tan activamente como sale a cantar sus poemas insistiendo que lo que debe ser cambiado es este mundo injusto. Nada de estudio de personaje homosexual codificado, ni de retrato de Sal Mineo en miniatura: el revolucionario masoquista de Delaney se apoderó de mi corazón y me mostró mi propio rostro, igual de queer, igual de

masoquista, igual de impulsiva, e igual de testarudamente esperanzada. Cuando finalmente admití ante mí misma por qué amé tanto ese cuento, cómo me vi a mí misma en él, lo que se modificó fue más que mi imaginación erótica. Mis relaciones cotidianas humanx-humanx también se alteraron. Empecé a pensar que quizá podía valer la pena tocar a otro ser humano, permitirle que me tocara a su vez.

Las obras de Delaney también fueron para mí revelaciones sobre cómo podía ser la “vida delx artista”. Tanto el joven masoquista de “Hélice” como la heroína de *Babel 17* eran poetas con un claro concepto de quién son, como artistas marginales y políticos. Cuando empecé a leer *Dahlgren*, encontré que Delaney había tomado ese concepto y lo había empujado a los límites de lo que parecía posible, aportando en el camino un enfoque completamente original al mito mesiánico tradicional que es tan popular con lxs escritorxs de ciencia ficción (muchxs de lxs cuales son asombrosamente conservadores y militaristas). Lxs poetas de Delaney eran anarquistas, que no querían gastar sus talentos en luchar por controlar la historia, a otras personas, o al comportamiento sexual en sí mismo. Defendía a lxs queer y a lxs personas desfavorecidas, creaba mujeres que eran tan impredecibles como valientes, y hombres que casi me rompían el corazón con su vulnerabilidad y su terco hacerse cargo de sus propios deseos. Además, sugería con cada escena las interacciones profundamente complicadas que marcan a todos los intercambios sexuales. La habilidad de Delaney para tratar la sexualidad queer todavía no ha sido superada; para mi adolescencia, fue una revelación.

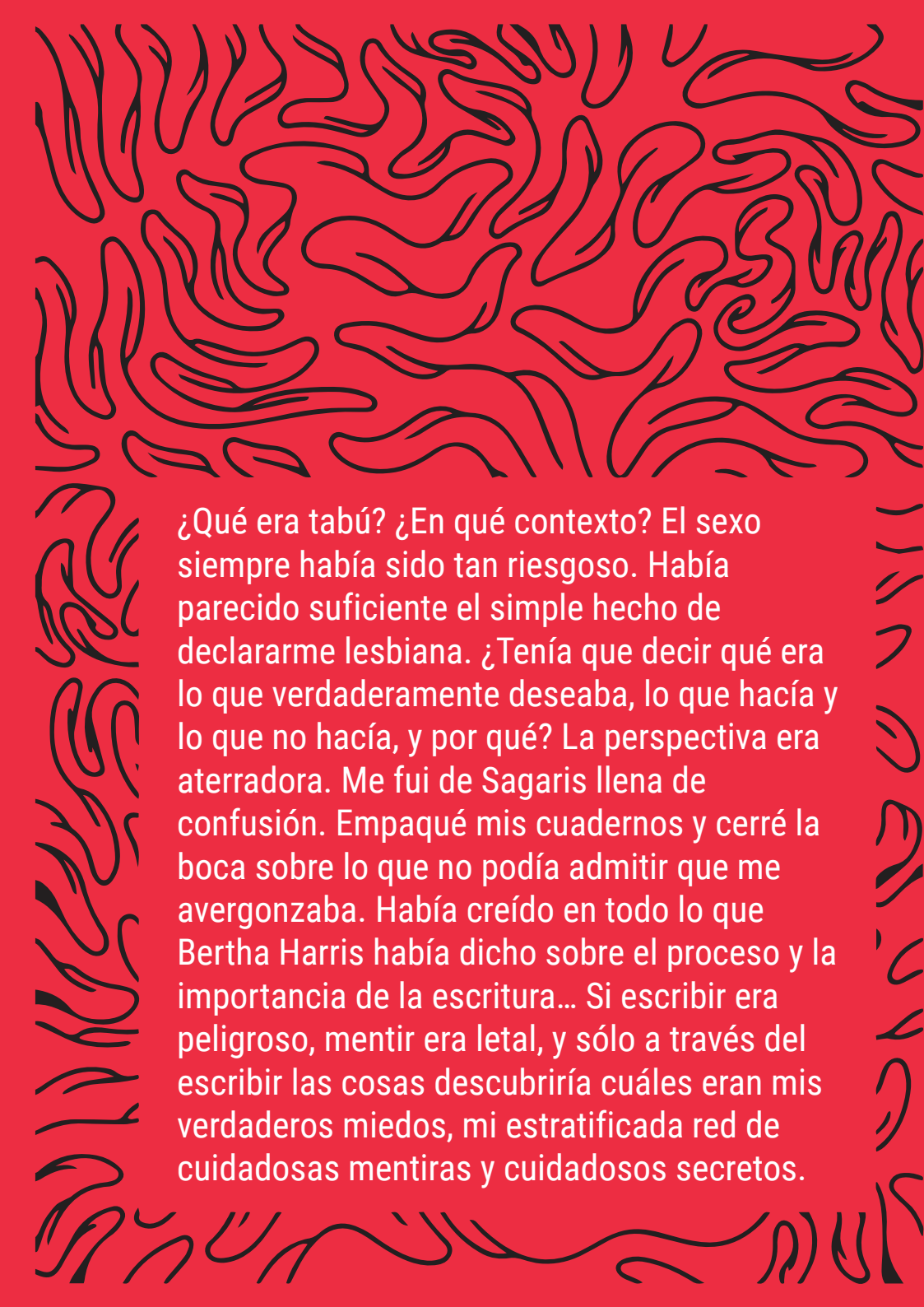
He hablado con muchas mujeres, tanto heterosexuales como lesbianas, sobre su atracción adolescente por la ciencia ficción. He tratado de sonsacarlas sobre las formas en que este género afectó sus conceptos de lo sexual. Me resulta increíble cuántas mujeres

me han dicho que la ciencia ficción es donde ponen su imaginación sexual. Una de mis antiguas amantes, por ejemplo, que nunca había visto una novela barata lésbica *softcore* antes de identificarse como lesbiana, reivindica en cambio a las mujeres sexualmente agresivas y sexualmente prácticas que encontró en la ciencia ficción.

“Ellas me dieron la idea”, me dijo, recordando su propia vida de fantasía de la adolescencia. Para ella, como para mí, el mensaje oculto era claro. No tenía que ser como todxs decían que era. Podía ser diferente. Podías tener sexo con plantas o cataratas inteligentes o máquinas (o mujeres) amigables, y que eso no resultara una catástrofe social o moral. Una vez que se ha revelado, es un secreto que podría cambiar todo. Y que lo ha hecho.







¿Qué era tabú? ¿En qué contexto? El sexo siempre había sido tan riesgoso. Había parecido suficiente el simple hecho de declararme lesbiana. ¿Tenía que decir qué era lo que verdaderamente deseaba, lo que hacía y lo que no hacía, y por qué? La perspectiva era aterradora. Me fui de Sagaris llena de confusión. Empaqué mis cuadernos y cerré la boca sobre lo que no podía admitir que me avergonzaba. Había creído en todo lo que Bertha Harris había dicho sobre el proceso y la importancia de la escritura... Si escribir era peligroso, mentir era letal, y sólo a través del escribir las cosas descubriría cuáles eran mis verdaderos miedos, mi estratificada red de cuidadosas mentiras y cuidadosos secretos.